

San Lorenzo



10 de agosto de 2024

2Cor 9, 6-10

Sal 111

Jn 12, 24-26

P. Eduardo Suanzes, msps

Los corintios tuvieron una idea estupenda: que todas las iglesias nacidas del anuncio del evangelio entre los paganos realizaran una obra de comunión en favor de la iglesia de Jerusalén.

Pablo puso esta iniciativa como ejemplo a todas las demás comunidades y cuando se encontraba en aquella ciudad ayudó incluso a los corintios a organizar lo que habían propuesto. Los corintios se convirtieron así en los promotores de una solidaridad ecuménica. Pero, ¡ay!, desgraciadamente, los de Corinto tenían poca generosidad. Era una buena idea..., pero ¡para que la cumplieran los demás! Tan sólo los pobres macedonios se habían mostrado generosos, mientras que los ricos corintios habían ido poniendo inconvenientes y ni siquiera todavía habían comenzado a dar.

Pablo insiste en que tal colecta tenía que realizarse. Estando ya en Éfeso, envía a Tito a Corinto: y les exhorta (a través de él) a tener cuidado con esas ideas que uno espera que realicen los otros. Es por eso que en el trozo que hemos leído hoy les habla del que siembra poco y del que siembra mucho y de la alegría que hay que tener en el dar.

En realidad, esta colecta «universal» en favor de la Iglesia de Jerusalén puso al descubierto los puntos fuertes y débiles de las comunidades. En el fondo no se trataba tanto del dinero, sino de mostrar que la fortaleza de una comunidad, de una persona, se hace patente a la hora de donarse por los desfavorecidos. Y a los de Corinto «se les vio el plumero». Los macedonios, pobres, se habían dado espléndidamente; los corintios, ricos, eran reticentes. Los primeros estaban más cerca del evangelio por la actitud abierta de sus corazones.

La colecta, pues no se convierte solamente en un signo de comunión compartida, en un índice de nivel de generosidad, en un gesto de gratitud (que lo es). La colecta es sobre todo, el signo visible, tangible, costoso, de la comunión nacida de Cristo. Se trata, por tanto, de algo mucho más profundo. Y el punto y fundamento teológico de esto es el siguiente: Dios se hace hombre en Cristo Jesús. Y esta realidad no es un suplemento de la divinidad del Verbo sino que es su misma realidad: «Cristo **se hizo pobre por ustedes**», dirá Pablo. Así que también el seguidor de Jesús, no ya por imitación, sino por gracia, deberá repetir en sí mismo, deberá reproducir en sí mismo este modo de ser¹.

Y esto lo vivió un personaje del siglo III, uno de los siete diáconos de la comunidad de Roma cuando Sixto II era Papa: San Lorenzo.

¹ Cfr. MAURICE CARREZ. *La segunda carta a los corintios*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1986

El emperador Valeriano proclamó un edicto de persecución en el que prohibía el culto cristiano y las reuniones en los cementerios. Muchos sacerdotes y obispos fueron condenados a muerte, mientras que los cristianos que pertenecían a la nobleza o al senado eran privados de sus bienes y enviados al exilio.

Víctimas de las persecuciones de Valeriano destacan los papas Esteban I, degollado sobre la misma silla pontificia, y Sixto II decapitado el 6 de agosto del 258, cuatro días antes que Lorenzo. Pero había más, muchos más.

Aprovechando el reciente asesinato del papa, el alcalde de Roma, ordenó a Lorenzo que entregara las riquezas de la Iglesia. Lorenzo entonces pidió tres días para poder recolectarlas y en esos días fue invitando a todos los pobres, lisiados, mendigos, huérfanos, viudas, ancianos, mutilados, ciegos y leprosos que él ayudaba. Al tercer día, compareció ante el prefecto, y le presentó a éste los pobres y enfermos que él mismo había congregado y le dijo que esos eran los verdaderos tesoros de la Iglesia. El prefecto entonces le dijo: «Osas burlarte de Roma y del Emperador, y perecerás. Pero no creas que morirás en un instante, lo harás lentamente y soportando el mayor dolor de tu vida». Y sabemos lo trágico de su muerte: abrasado en la parrilla. Pero como tres siglos más tarde diría San León Magno en una de sus homilías: «el fuego que le quemaba por fuera era mucho más débil que el que le quemaba por dentro»².

Lorenzo había comprendido muy bien lo que Jesús nos dice hoy en el Evangelio. No se puede producir vida sin dar la propia. La vida es fruto del amor y no brota si el amor no es pleno, si no llega al don total. Amar es darse sin escatimar; hasta desaparecer, si es necesario. Jesús va a entregarse, ha aceptado la muerte y prevé ya el fruto³.

En la metáfora del grano que muere en la tierra, la muerte es la condición para que se libere toda la energía vital que contiene; la vida allí encerrada se manifiesta de una forma nueva. Jesús afirma que el hombre posee muchas más potencialidades de las que aparecen, y que solamente el don de sí total las libera para que ejerzan toda su eficacia. El fruto comienza en el mismo grano que muere.

La muerte de que habla Jesús, Lorenzo sabía bien, no es suceso aislado, sino la culminación de un proceso de donación de sí mismo. Es el último acto de una donación constante, que sella definitivamente la entrega haciéndola irreversible. Si Lorenzo pudo morir como lo hizo es porque supo vivir de la misma forma. El fuego del Espíritu que le abrasaba por dentro es el que le impulsaba día a día darse hasta el extremo a su comunidad de Roma.

² LEÓN MAGNO. *Homilía 85, 4: PL 54, 486*

³ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegetico*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982